

Juan Carlos Abril y Luis García Montero (eds.): *Hablar de poesía. Reflexiones para el siglo XXI*. Málaga, Diputación, Centro Cultural de la Generación del 27, 2019, 218 pp.

Un libro que llega con una novedad sorprendente es el que, con el título *Hablar de poesía. Reflexiones para el siglo XXI*, coordinan al unísono Juan Carlos Abril y Luis García Montero, dos profesores, poetas y críticos de primera línea que en este trabajo, de 220 páginas y 20 artículos de muy diversos colaboradores, distribuyen la materia literaria en dos apartados, "Tradiciones y poetas" y "¿Cómo se hace un poema?" –más amplio el primero que el segundo–, que le van a dar una frescura indiscutible tanto en las apreciaciones críticas de la primera parte como en la vertiente literaria personal de la segunda. En estas páginas, los editores han tenido la intención de entregar a los lectores –"mucho más numerosos de lo que se suele decir o pensar" (8)–, lo que consideran "una suerte de ramillete que sin lugar a dudas nos parece realmente excepcional en el panorama actual" (7). Abril y García Montero adelantan asimismo que los materiales editados proceden de dos cursos de verano celebrados en Baeza durante los agostos de 2013 y 2014, más algunos añadidos de otros autores convocados por la ocasión, la amistad, la oportunidad o incluso el azar.

El primer artículo del libro, firmado por Luis Bagué Quílez, se titula "El síndrome del *locus amoenus*: notas sobre poesía y paisaje", y aborda tan interesante asunto en catorce páginas que reconocen como objetivo defender "que la fragmentariedad, la ironía y el correlato imaginativo son los procedimientos más destacados para abordar el paisaje desde mediados del siglo XX hasta la actualidad" (12), con lo cual se consigue "demostrar que el paradigma descriptivo del *locus amoenus* ha sufrido numerosas mutaciones en la escritura contemporánea" (21). Mas adelante, y dando un salto en el índice, la actualidad se concreta en el abordaje de esos grandes escritores que son Francisco Brines, en "Poética y destino de Francisco Brines", y Fernando Quiñones, "Una ciudad llamada Fernando Quiñones", dando posibilidad primero a Carlos Marzal de que escriba un artículo centrándose en la poesía de la Generación del 50 y otorgándole a aquel un papel muy relevante dentro de ella, "porque me parece que es ciertamente curiosa y porque creo que responde desde el principio a una singularidad que ya no habrá de abandonarle nunca" (82). Estudio es este esencial y sintético, de un análisis primordial que, entre otras muchas, deja concreciones como esta: "El interés de Brines con respecto a la poesía es una fidelidad creadora nacida en la adolescencia y mantenida a lo largo de su vida" (84). Por su parte, Juan José Téllez trata a Quiñones en "Una ciudad llamada Fernando Quiñones", en unos

párrafos trufados de biografía personal –“Cádiz fue envolviéndome como una madre urbana” (122) –, donde acaba hablando del Fernando “que se convirtió en un mentor, en un cómplice y en una suerte de segundo padre” (ibíd.) y a la vez recordando trazos de la biografía y andanzas del escritor chiclanero.

Hay en esta primera parte otras colaboraciones que igualmente rezuman biografía. Son las debidas a Rafael Espejo (“La importancia de saberse pequeño”), descubriéndose en primera persona y argumentando “mis opiniones y gusto en los textos seleccionados” (31), un planteamiento que, ahora sin más comentarios, coinciden con el de Álvaro Salvador (“Las lecturas que me hicieron escritor”) e incluso con el de José Antonio Mesa Toré (“Los libros y yo”).

Un toque distinto, una vuelta de tuerca en esta apreciación del hecho poético, lo encontramos en la aportación de Juan Manuel Romero (“Una luz doble”), que invita a dialogar sobre poesía teniendo en cuenta puntos de vista de diversos autores, muchos extranjeros, a partir del concepto de romanticismo. Y sin duda van a ser fundamentales, en esta línea, las dos aproximaciones críticas de Juan Carlos Abril, “Razón de estar en la poesía. Diálogo con Salvatore Quasimodo”, y de Luis García Montero “Un decálogo más... (¿Qué importa al mundo?)”. Abril da contenido a su título partiendo de dos premisas: una, la de que “No concibo el poema sin referentes pero tampoco sin misterio” (92); otra, la de situar al italiano Salvatore Quasimodo en el criterio de la referencialidad sabiendo que “también puede encajar perfectamente si atendemos al segundo, a la voluntad de estilo” (ibíd.). La experiencia de Abril como lector de Quasimodo queda bien explicitada en estas páginas que el lector no deberá ahorrarse a la luz de esta afirmación: “En Quasimodo [...] he visto mi propia obra en tanto que búsqueda de la expresión lírica [...]” (103). Y tras este, en “Un decálogo más... (¿Qué importa al mundo?)”, García Montero ofrece la explicitación de un “decálogo propio, resultado de la experiencia de la poesía” (107), algo que refuerza pensando que no tiene sentido “carecer de mundo propio después de más de 35 años dedicado a la poesía” (ibíd.). Y sí, son esclarecedores de su amplio ejercicio literario estos diez puntos que plantea, de los cuales solo anotamos como ejemplo tres de los títulos con que los rotula: “1. La temperatura del hecho poético es la admiración” (107 y ss.). “4. El oficio poético no se caracteriza por sentir, sino por crear efectos” (111 y ss.), y “6. Llamamos verdad a la música del poema” (113 y ss.).

Veamos a continuación los otros tres artículos que completan ese mencionado conjunto de doce. Josefa Parra escribe sobre “Huellas del romancero”, y para ello se basa en un recuerdo de su infancia: “Desde que tengo uso de razón, me recuerdo inclinada a este corpus literario” (25), lo que luego justifica con una serie de puntos explicativos (cinco concretamente) que basa en una huella que le quedó porque “Antes de aprender a leer, las mujeres más viejas, los cantaban, los repetían y, en ocasiones, los modificaban” (ibíd.). La importancia de lo femenino para la poesía es igualmente el objetivo de Ángeles Mora en su título “Mujeres y poesía”, al que da sentido analizando a Rosalía de Castro y Emily Dickinson, “dos poetas muy diferentes entre sí, dos mundos poéticos tan distintos, pero con una actitud intelectual absolutamente admirable” (73). Y tras estas dos, queda la contribución de Lorenzo Oliván: “Las lecciones de modernidad de Juan

Ramón Jiménez”, que el autor desglosa siguiendo este itinerario crítico: “1. Las primeras lecciones de JRJ: La desnudez y una música nueva” (47-49), “2. La lección más importante de JRJ: hacia un eje de visión” (49-51), y “3. De Juan Ramón Jiménez hacia nuevos maestros” (51-52).

Ya dijimos que este volumen, dentro de sus *Reflexiones para el siglo XXI* del subtítulo, contiene aún, adjuntos a los anteriores, otros diversos artículos bajo el epígrafe de “¿Cómo se hace un poema?”, un conjunto de 82 páginas donde –al decir de los editores “los poetas entablan una mirada no menos profunda –de carácter introspectivo– hacia el enigma de la creación” (8). En este apartado, se podrá comprobar cómo unos se enfrentan al hecho de la creación aportando su experiencia de modo explicativo en tres títulos: “Cómo se escribe un poema”, de Carlos Pardo; “Propuesta personal e intransferible para escribir un poema”, de Juan Carlos Abril; y “Hoja en blanco”, de Andrés Navarro. Otros ahondan en ese aspecto de otro modo: el caso de Sergio Arlandis en “El descenso de cada poema: alegoría de lo roto” (que trata de la emoción y de cómo “la técnica exige al poeta precisión, rigor y creatividad” [157]); o de Raquel Lanceros, que en “El orden de los factores sí altera el poema” es tan precisa que va indagando sobre el motivo del texto, la importancia de la inspiración, del léxico, o de la intemporalidad e inmanencia de la poesía; o igualmente de Juan Malpartida, quien en “Los días del tiempo” reflexiona, además de en otros, en dos aspectos básicos que son el lenguaje y las influencias en la poesía. Y precisamente este peso de las influencias aparece desarrollado por Josep M. Rodríguez en “La tradición y Mr. Bleaney”, texto en donde leemos: “cada poeta necesita fijar su capa de papel sobre lo que ya existe” (184). Muy personal, y necesaria, es la mirada que refleja Juan José Téllez en su “Poesía, entre el mercado, el goce y el compromiso”, tan emotivo, tan lleno de voz interior y de experiencia, que es al fin y al cabo lo que viene a ser este libro tan bien dirigido y tan bien articulado en esos dos apartados que le dan consistencia y hacen de *Hablar de poesía. Reflexiones para el siglo XXI* un volumen “para celebrar la amistad y la poesía entre poetas y colegas, especialistas y estudiosos, o simplemente lectores de poesía, convocados por la pasión, el gusto o la admiración” (7).

ANTONIO MORENO AYORA
I.E.S. Juan de la Cierva, Puente Genil
amorenoayora@gmail.com